

NAVIDAD: derroche de bondad y ternura de Dios

*«Porque se ha manifestado la gracia salvadora de
Dios a todos los hombres»
(Ti 2, 11)*

Por ANA MARÍA BALDRICH y RUBÉN GRAVIÉ
Presidentes del MFC

Se acerca la Navidad, celebración cristiana del extraordinario acontecimiento en que conmemoramos la gracia de Dios, rica en bondad y ternura, manifestado en la persona de un recién nacido, Hijo de la Virgen María, nacido en Belén, en un humilde y destatado establo, improvisado en una gruta, bajo el imperio romano de César Augusto, en los días en que vio la luz el decreto del primer censo, cuando Quirino era ya gobernador de Siria. Allí yace el Emmanuel, el Creador, envuelto en pañales y acostado en un pobre pesebre. Por eso ese Niño se llama Jehoshua, Jesús, que significa «Dios salva».

En Navidad, por tanto, no nos limitamos a conmemorar el nacimiento de un gran personaje. En Navidad recordamos algo concreto y muy importante para los hombres, algo esencial para la fe cristiana, una verdad que el evangelista san Juan resume en pocas palabras: «y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros...» (Jn 1, 14). El Creador del Universo se encarnó uniéndose indisolublemente a la naturaleza humana, sin dejar de ser Dios, y ser, al mismo tiempo, hombre, verdadero hombre. El Dios con nosotros, que nos conoce, nos llama, nos guía y acompaña, interesándose por cada persona en particular, el Hijo de Dios vivo que se ha hecho hombre en Belén.

La Navidad o Natividad del Señor es una fiesta universal, incluso los que no se profesan creyentes pueden percibir en esta celebración cristiana anual, algo extraordinario y trascendente, algo que habla al corazón. Es la fiesta que celebra el don de la vida. El nacimiento de un niño debería ser siempre un

acontecimiento que trae alegría, que suscita sentimientos de admiración, cuidados y ternura.

En la gruta de Belén, Dios se nos muestra como un pequeño y desvalido recién nacido, para vencer nuestro orgullo, soberbia y egoísmos. Quizás nos hubiéramos rendido más fácilmente frente al poder, frente a la sabiduría, pero Él prefiere hablarnos al corazón y a nuestra decisión libre de aceptar su amor. Se ha hecho pequeño para liberarnos de esa pretensión humana de grandeza que nace de la soberbia, se ha encarnado para hacernos libres, verdaderamente libres para amarlo.

Esta Navidad, fiesta familiar por excelencia, a pesar de las limitaciones económicas y las ausencias familiares en la tradicional cena de Noche Buena, puede servirnos para descubrir el calor y la alegría de la amistad y la solidaridad, valores típicos de esta celebración, a la vez que nos exhorta a meditar sobre la bondad misericordiosa de Dios,

que ha salido a nuestro encuentro para comunicarnos la Verdad que salva y hacernos partícipes de su amistad y de su vida, renovando nuestra existencia.

Que el encuentro con el Niño Jesús nos haga personas que no piensen solo en sí mismas: en sus problemas, necesidades, dolencias, sino que seamos personas que se abran a los demás, nuestros hermanos, tratando de irradiar ese sentimiento de comprensión y fraternidad que cada año debe renovarse y/o profundizarse en el encuentro del misterio inefable que trae la Navidad.

¡Feliz Navidad, familia cubana!